

Había una vez un chico que tenía miedo.
Miedo a la oscuridad, porque en la oscuridad crecen los monstruos.
Miedo a los ruidos fuertes, porque los ruidos fuertes te hacen agujeros en las orejas.
Miedo a las personas altas, porque te aprietan para darte besos.
Miedo a las personas bajitas, porque te empujan para arrancarte los juguetes.
Mucho miedo tenía ese chico.
Entonces, la mamá lo llevó al doctor.
Y el doctor le recetó al chico un jarabe para no tener miedo (amargo era el jarabe).
Pero al papá le pareció que mejor que el jarabe era un buen reto:
-¡Basta de andar teniendo miedo, vos!- le dijo -. ¡Yo nunca tuve miedo cuando era chico!
Pero al tío le pareció que mejor que el jarabe y el reto era una linda burla:
-¡ La nena tiene miedo, la nena tiene miedo!
El chico seguía teniendo miedo. Miedo a la oscuridad, a los ruidos fuertes, a las personas altas, a las personas bajitas.
Y también a los jarabes amargos, a los retos y a las burlas.
Mucho miedo seguía teniendo ese chico.
Un día el chico fue a la plaza. Con miedo fue, para darle el gusto a la mamá.
Llena de personas bajitas estaba la plaza. Y de persona altas.
El chico se sentó en un banco, al lado de la mamá.
Y fue ahí que vio a una persona bajita pero un poco alta que le estaba pegando a un perro con una rama.
Blanco y negro era el perro. Con manchitas.
Muy flaco y muy sucio estaba el perro.
Y al chico le agarró una cosa acá, en el medio del ombligo.
Y entonces se levantó del banco y se fue al lado del perro. Y se quedó parado, sin saber qué hacer. Muerto de miedo se quedó.
La persona alta pero un poco bajita lo miró al chico. Y después dijo algo y se fue.
Y el chico volvió al banco.
Y el perro lo siguió al chico. Y se sentó al lado.
-No es de nadie- dijo el chico -.¿lo llevamos?
-No- dijo la mamá.
-Sí- dijo el chico -. Lo llevamos.
En la casa la mamá lo bañó al perro.
Pero el perro tenía hambre.

El chico le dio leche y un poco de polenta del mediodía.
Pero el perro seguía teniendo hambre. Mucha hambre tenía ese perro.
Entonces el perro fue y se comió todos los monstruos que estaban en la oscuridad, y todos los ruidos fuertes que hacen agujeros en las orejas. Y como todavía tenía hambre también se comió el jarabe amargo del doctor, los retos del papá, las burlas del tío, los besos de las personas altas y los empujones de las personas bajitas.
Con la panza bien rellena, el perro se fue a dormir.
Debajo de la cama del chico se fue a dormir, por si quedaba algún monstruo.
Ahora el chico que tenía miedo no tiene más miedo.
Tiene perro.

La abuela Luisa se despertó esa mañana con un hambre terrible, hacía mucho que no cocinaba una buena comida.

Abrió la puerta de la heladera y se dio cuenta que estaba vacía, no tenía papás, batatas, zapallo ni zanahorias. Así que tomó la bolsa de los mandados, pasó de largo frente al espejo y bajo las escaleras muy despacio, porque le pesaban tantos años de viudez.

Abrió la puerta de la calle y encontró del otro lado un globo azul. La abuela Luisa pensó que ese globo sería de algún niño, así que miró hacía los costados y no había nadie, en los balcones, tampoco.

Comenzó a caminar y el globo la seguía atrás, la abuela Luisa comenzó a caminar más rápido, y el globo atrás. Llegó a una esquina, dobló, y el globo atrás, pero cuando dobló, vio que venía cruzando la calle un viejito con sombrero, bigotes, barba y bastón.

Luisa se puso tan nerviosa, hacía rato que no veía un viejito tan lindo.

El viejito se acercó y le dijo: - ¿Abuela, ese globo es tuyo?

- No..., no..., no... tartamudeó Luisa.

- Entonces, se lo llevo para mis nietos. Dijo el viejito, tomó el globo y se fue.

La abuela Luisa quedó flotando en el aire, volvió a su casa pensando en el viejito, recordando ese sombrero, esa barba, esos bigotes...

Y se quedó dormida. Al otro día se despertó y se dio cuenta que tenía mucha hambre porque hacía un día que no comía.

Abrió la puerta de la heladera y no tenía papás, batatas, zapallo ni zanahorias. Tomó la bolsa de los mandados, pasó frente al espejo, se miró, se sacó el delantal y se acomodó un rulo detrás de la oreja. Bajó las escaleras, abrió la puerta y del otro lado el globo, azul, redondo. Comenzó a caminar muy lentamente y el globo atrás, llegó a la esquina, dobló y el globo atrás y cuando dobló, venía cruzando la calle el viejito con sombrero, bigotes, barba y bastón.

El viejito se acercó y le dijo: - ¿Abuela, ese globo es tuyo?

Luisa se puso colorado como un tomate y contestó con un hilito de voz: - No... no... no...

- Entonces, se lo llevo para mis nietos. Se agachó, tomó el globo y se fue.

Luisa sentía que el corazón le latía muy rápido, comenzó a caminar hacía su casa, pensando en el viejito, en el sombrero, los bigotes, la barba y el bastón. Llegó a su casa y se quedó dormida.

Al otro día se despertó y se dio cuenta que hacía dos días que no comía. Se levantó, abrió el placard y sacó su mejor vestido, se maquilló y se peinó frente al espejo, se puso unas gotitas de perfume y bajó las escaleras corriendo. Abrió la puerta y del otro lado, redondo, azul el globo.

Comenzó a caminar y el globo atrás, llegó a la esquina, dobló y cruzando venía el viejito con sombrero, bigotes, barba y bastón.

El viejito se acercó, pero esta vez no se dirigió a Luisa, sino al globo y le dijo: - ¿Globo, esta abuela es tuya?

Y el globo le dijo: - ¡No, no y no!

- ¡Entonces me la llevo para mis nietos!

La tomó del brazo y se fueron caminando juntos... y el globo, atrás...

-¡Las compras! ¡No hice las compras!- exclamó afligida Luisa.

Eran las 11.

Luisa tomó la canasta, no se sacó el delantal. Había intentado hacer una sopa, pero no tenía zapallo, ni papas, perejil tampoco.

La verdulería quedaba a tres cuadras.

Luisa abrió la puerta del departamento, salió y cerró con llave previo golpecito.

¿Cuándo arreglaré la cerradura?, pensó.

Recorrió el largo pasillo, bajó lentamente la escalera, escalón por escalón, bien aferrada a la barandilla. Pesaban los diez años de viudez, la ausencia de los hijos, la lejanía de los nietos. “Sopa con zapallo y perejil para Carlitos”. “Mucho, abuela”. “Aprendé de tu hermano, tomó toda la sopa”.

A Luisa le tembló la mano cuando apretó el picaporte de la puerta de calle. “El abuelito no resistió la operación, el corazón estaba muy débil”.

Al abrir la puerta, el sol la encandiló. Cuando se repuso del impacto de la luz, vio un globo azul en la vereda, al lado de ella, a los pies. Luisa miró a un lado y al otro, buscando al niño que había extraviado el globo azul. Nadie. Levantó la vista, en los balcones no había niño, ni hermano, ni empleada, ni madre, reclamando el globo azul.

-¡Un globo azul! ¡Oigan!

Luisa bajó la vista al globo que permanecía a los pies.

-¿De dónde saliste vos?-Luisa sacudió la cabeza como para alejar ideas, porque le pareció ¡qué locura! ¿El globo le había sonreído? ¡No! No puede ser, los globos no sonrén.

Luisa caminó, el globo también, siempre a los pies. Al llegar a la esquina Luisa se detuvo, el globo azul también.

De pronto, en la otra esquina, transversalmente, apareció un hombre canoso. Vestía camisa blanca, pantalón marrón, chaleco gris.

El hombre cruzó la calle, se acercó a Luisa que no salía del asombro, porque la aparición de este señor, como la del globo, fue misteriosa, y le preguntó:

-¿El globo azul es suyo?

-¡No!

-Entonces se lo llevaré a mis nietos.

El hombre canoso tomó el globo y desapareció.

Luisa dio la vuelta y regresó al departamento, olvidó las compras. Subió la escalera deprisa, nunca antes lo había hecho, sintió algo extraño en su interior. ¿Qué le estaba sucediendo?

Abrió la puerta del departamento previo golpecito. Al pasar por el espejo del living se detuvo a mirarse: demasiadas arrugas, pensó, y recordó lo que

había vivido momentos antes. No entendía nada. Esa tarde, a las cuatro, se acordó que aún no había hecho las compras. ¡Qué descuido!

La verdulería quedaba a tres cuadas.

Tomó la canasta, antes de salir se acercó al espejo, “espejito mágico”. Bajó la escalera. Al abrir la puerta de calle, el sol la encandiló. Cuando se repuso del impacto de la luz, vio el globo azul en la vereda, al lado de ella, a los pies.

Luisa miró a un lado y al otro. Nadie. En los balcones, no había niños, ni hermano, ni empleada, ni madre, reclamando el globo azul.

-¡Oigan! ¿De quién es este globo?

Luisa, nerviosa, caminó hacia la esquina, el globo también, siempre a los pies. Al llegar a la esquina se detuvo, el globo azul también.

De pronto, apareció el hombre canoso que transversalmente cruzó la calle.

Luisa tembló y un rubor rosado afloró a sus mejillas. Le ardían.

El hombre canoso la miró y le preguntó:

-¿El globo azul es suyo?

-¡No!

-Entonces se lo llevaré a mis nietos.

El hombre canoso tomó el globo azul y desapareció.

Luisa demoró en dar la vuelta, pensativa, algo más que alegre, regresó al departamento.

Esa noche no pudo dormir. Los ojos del hombre canoso estuvieron presentes en ella casi todo el tiempo. ¡Al fin!, durmió una noche nueva.

A las 11 de la mañana del otro día, se acordó que aún no había hecho las compras. La verdulería quedaba a tres cuadas. Tomó la canasta, se sacó el delantal, arregló su cabello, alisó su vestido nuevo, calzó los zapatos y dibujó una sonrisa.

Bajó la escalera deprisa.

-Adiós, doña Luisa. ¡Qué bien se la ve hoy!

-Gracias, Valentina.

Luisa abrió la puerta de calle; el sol la encandiló. Cuando se repuso del impacto de la luz vio el globo azul en la vereda, al lado de ella, a sus pies.

Repitió el movimiento de mirar a un lado y al otro. Nadie reclamaba el globo, en los balcones tampoco. Caminó nerviosa hacia la esquina, el globo azul también.

De pronto, apareció el hombre canoso.

Luisa lo esperaba.

El hombre canoso cruzó transversalmente la calle. Luisa sonrió al sentir la cercanía del hombre.

Él la miró a los ojos. Ella se ruborizó. El hombre canoso bajó la mirada y le preguntó al globo azul:

-¿Es suya esta abuela?

-¡No!-contestó el globo.

-Entonces se la llevaré a mis nietos.

El hombre canoso le ofreció el brazo derecho a Luisa.

-¿Me acompaña?

Caminaron juntos por la vereda, el globo azul también.

El amor (Eduardo Galeano)

En la selva amazónica, la primera mujer y el primer hombre se miraron con curiosidad. Era raro lo que tenían entre las piernas.

-¿Te han cortado? -preguntó el hombre.

-No -dijo ella-. Siempre he sido así.

El la examinó de cerca. Se rascó la cabeza. Allí había una llaga abierta. Dijo:

-No comas yuca, ni plátanos, ni ninguna fruta que se raje al madurar. Yo te curaré. Echate en la hamaca y descansa.

Ella obedeció. Con paciencia tragó los menjunjes de hierbas y se dejó aplicar las pomadas y los ungüentos. Tenía que apretar los dientes para no reírse, cuando él le decía:

-No te preocupes.

El juego le gustaba, aunque ya empezaba a cansarse de vivir en ayunas y tendida en una hamaca. La memoria de las frutas le hacía agua la boca.

Una tarde, el hombre llegó corriendo a través de la floresta. Daba saltos de euforia y gritaba:

-¡Lo encontré! ¡Lo encontré!

Acababa de ver al mono curando a la mona en la copa de un árbol.

-Es así -dijo el hombre, aproximándose a la mujer.

Cuando terminó el largo abrazo, un aroma espeso, de flores y frutas, invadió el aire. De los cuerpos, que yacían juntos, se desprendían vapores y fulgores jamás vistos, y era tanta su hermosura que se morían de vergüenza los soles y los dioses.

Los ancianos fieles (Javier Villafañe)

-Otra vez ha entrado el mariposón- dijo la abuela-. Voy a espantarlo como todas las noches.

El mariposón volaba alrededor de una lámpara. Los nietos salieron del cuarto. La abuela cerró la puerta con llave y bajó las celosías de las ventanas. El mayor de los nietos se escondió para ver como la abuela espantaba al mariposón.

Y vio al mariposón caminando por el espejo de la cómoda, quitarse las alas y sentarse en una silla. Y vio a la abuela abrir el armario y sacar unos bigotes, un sombrero y un frac.

El mariposón sentado en la silla era un hombre desnudo y se vistió poniéndose de pie los bigotes, el frac y el sombrero.

Y vio a la abuela sacar de una gaveta del armario unas trenzas y un traje de novia. La vio desnudarse y vestirse poniéndose las trenzas y el traje de novia. Y vio a sus abuelos como estaban en el retrato del comedor, sonriendo en un marco dorado. Después los vio volando, tomados del brazo, besándose, dando vueltas alrededor de la lámpara.

Pájaros prohibidos (Eduardo Galeano)

Los presos políticos uruguayos no pueden hablar sin permiso, silbar, sonreír, cantar, caminar rápido ni saludar a otro preso. Tampoco pueden dibujar ni recibir dibujos de mujeres embarazadas, parejas, mariposas, estrellas ni pájaros.

Didasko Lopez, maestro de escuela, torturado y preso por tener ideas ideológicas, recibe un domingo la visita de su hija Milay, de cinco años.

La hija le trae un dibujo de pájaros. Los censores se lo rompen a la entrada de la cárcel.

Al domingo siguiente, Milay le trae un dibujo de árboles. Los árboles no están prohibidos, y el dibujo pasa.

Didasko le elogia la obra y le pregunta por los circulitos de colores que aparecen en las copas de los árboles, muchos pequeños círculos entre las ramas:

-¿Son naranjas? ¿Qué frutas son?

La niña lo hace callar:

-Ssshhhh...

Y en secreto le explica:

-Bobo. ¿No ves que son ojos? Los ojos de los pájaros que te traje a escondidas.

El hombre que se transformaba demasiado (Alejandro Dolina)

El doctor Maderna aprendió a convertirse en mariposa cuando era un adolescente. Más tarde adquirió nuevas destrezas y así llegó a transformarse en gato, en anguila, en pez, en caléndula y en escritorio.

Siendo adulto era capaz de convertirse en cualquier objeto a su capricho.

Sin embargo, sus metamorfosis se hicieron tan frecuentes que su familia vivía en inquietud constante. Nadie se atrevía a matar a una cucaracha, por temor a que se tratara del doctor Maderna. Una noche lo arrojaron a la basura bajo la forma de una esponja usada y un domingo estuvo a punto de ser devorado por su propio hijo, quien no supo reconocerlo en un chorizo. Cada vez era menos asidua su apariencia original.

Eso sí, nunca dejaba de asumirla el día de su cumpleaños, para no perderse obsequios y homenajes.

Una madrugada entraron ladrones y se lo robaron, cuando era un jarrón de cristal. Nunca más se supo de él.

Desde entonces, su pobre esposa recorre las casas y negocios de la ciudad, hablando tiernamente a los floreros:

- Ramón... Ramón... Maderna...

Pero los jarrones siempre son jarrones, o acaso son alguna otra persona.

Cuento de horror (Marco Denevi)

La señora Smithson, de Londres (estas historias siempre ocurren entre ingleses) resolvió matar a su marido, no por nada sino porque estaba harta de él después de cincuenta años de matrimonio. Se lo dijo:

- Thaddeus, voy a matarte.
- Bromeas, Euphemia -se rió el infeliz.
- ¿Cuándo he bromeado yo?
- Nunca, es verdad.
- ¿Por qué habría de bromear ahora y justamente en un asunto tan serio?
- ¿Y cómo me matarás? - siguió riendo Thaddeus Smithson.

-Todavía no lo sé. Quizá poniéndote todos los días una pequeña dosis de arsénico en la comida. Quizás aflojando una pieza en el motor del automóvil. O te haré rodar por la escalera, aprovecharé cuando estés dormido para aplastarte el cráneo con un candelabro de plata, conectaré a la bañera un cable de electricidad. Ya veremos.

El señor Smithson comprendió que su mujer no bromeaba. Perdió el sueño y el apetito. Enfermó del corazón, del sistema nervioso y de la cabeza. Seis meses después falleció. Euphemia Smithson, que era una mujer piadosa, le agradeció a Dios haberla librado de ser una asesina.

La búsqueda (Alejandra Oliver Gulle)

Ella lo buscó por todas partes.

En los micros, en las veredas, en los supermercados, en los cines, en los bares, en la fila de los Bancos, en la sala de espera de los hospitales, en las fiestas, en las paradas de taxi, en las manifestaciones por la paz, en las excursiones al Tigre, en las conferencias sobre meditación trascendental, en los asados al aire libre, en los cursos de francés, de coreano, de quechua, y hasta lo busco del otro lado del mundo, por Internet.

Pero era inútil: El no estaba. El hombre de su vida no estaba.

Parecía empeñado en que sus destinos no se juntaran nunca.

Necio, insensible, inhallable, se había esfumado de la faz de la tierra.

-¡No está! ¡No está! ¡No está! – repetía en voz alta con impotencia, mientras se quitaba la ropa y se dejaba caer, aplastando su espalda contra el colchón, hasta quedarse en silencio, con los ojos clavados en el cielorraso, como queriendo atravesar el techo para seguir buscando mas lejos. Mucho mas lejos, mas allá del quinto piso, del sexto, mas allá de la terraza, de las nubes. Alto, muy alto. Tal vez detrás de alguna estrella.

Pero el no estaba.

Fue entonces cuando una pequeña rajadura que apareció en la mampostería, de pronto comenzó a hacerse cada vez mas y mas grande hasta que, con un impresionante estruendo, se abrió la loza.

Y él, su nuevo vecino del quinto, semidesnudo y hermoso, le cayó sobre la cama.

En una plaza de un pueblo muy lejano, un joven llamado Yacoub contaba cuentos. Estaba rodeado de niños y mayores y, a él, nunca se le acababan las historias.

Pasó el tiempo y aquel hombre se hizo viejo, pero seguía yendo a contar cuentos a la plaza. Ahora, ya no le oía nadie, pero seguía teniendo historias y las decía.

Un hombre, que le observaba en la distancia se acercó hasta él y le preguntó:

-¿Por qué sigue usted contando historias? ¿Es que no ve que se ha quedado solo? Todos se han ido. A nadie le interesan sus cuentos.

El viejo cuentacuentos le miró con una sonrisa cansada y le dijo:

-Antes contaba cuentos para cambiar el mundo. Ahora, cuento cuentos para que el mundo no me cambie a mí.

Ratón muy alto y ratón muy bajo (Arnold Lobel)

Había una vez un ratón muy alto
Y un ratón muy bajo
Que eran buenos amigos.
Cuando se encontraban,
Ratón muy alto decía:
- ¡hola, ratón muy bajo!
Y ratón muy bajo decía:
- ¡hola, ratón muy alto!
Los dos amigos
Solían pasear juntos.
Cuando paseaban,
Ratón muy alto decía:
- ¡hola, pájaros!
Y ratón muy bajo decía:
- ¡hola, hormigas!
Cuando pasaban
Por un jardín,
Ratón muy alto decía:
- ¡hola flores!
Y ratón muy bajo
Decía:
- ¡hola raíces!
Cuando pasaban delante de una
casa,

Ratón muy alto decía:
- ¡hola, tejado!
Y ratón muy bajo
Decía:
- ¡hola, sótano!
Un día les pilló una tormenta.
Ratón muy alto dijo:
- ¡hola, gotas de lluvia!
Y ratón muy bajo
Dijo:
- ¡hola, charcos!
Corrieron a casa para resguardarse.
- ¡hola, techo!
-dijo ratón muy alto.
- ¡hola, suelo!
-dijo ratón muy bajo.
Pronto paso la tormenta.
Los dos amigos
Se acercaron a la ventana.
Ratón muy alto alzó a su hombro a
ratón muy bajo
Para que pudiese ver.
Y los dos juntos dijeron:
¡Hola Arco Iris!

Pequeña historia de un amor grande (Alejandra Oliver Gulle)

Ella masticó las letras que lo nombraban a él.
Y las tragó una por una.
Para que su amor ya no tuviera nombre.

Luego, rompió la foto del portarretratos
Y también se lo tragó.
Para que su amor ya no tuviera rostro.

Mas tarde, hizo añicos las cartas apasionadas
Y otra vez masticó y tragó cada pedazo.
Para que su amor ya no tuviera historia.

El empacho le duró toda la semana.
El amor, toda la vida.

Murió a los noventa años de un ataque al corazón.
En un intento desesperado por salvarle la vida,
Los médicos le abrieron el pecho,
Pero nada pudieron hacer.

Le hallaron la ahorta obstruida
Por un pequeño pedazo de papel amarillento.
Estaba escrito con letra de hombre

Y decía: TE QUIERO

1-

Él se sentó a esperar bajo la sombra de un árbol florecido de lilas.

Pasó un señor rico y le preguntó: ¿Qué hace sentado bajo este árbol, en vez de trabajar y hacer dinero?

Y el hombre le contestó: Espero.

Pasó una mujer hermosa y le preguntó: ¿Qué hace sentado bajo este árbol, en vez de conquistarme?

Y el hombre le contestó: Espero.

Pasó un niño y le preguntó: ¿Qué hace Usted, señor, sentado bajo este árbol, en vez de jugar?

Y el hombre le contestó: Espero.

Pasó la madre y le preguntó: ¿Qué hace este hijo mío, sentado bajo un árbol, en vez de ser feliz?

Y el hombre le contestó: Espero.

3-

Una tarde, subiendo una cuesta, encontró a una gitana.

La gitana la miró y le dijo:

El que buscas espera, bajo un árbol, en una plaza.

Ella recordó al hombre con los ojos de agua, al que tenía las manos de seda, al de los pies de alas y al que tenía la voz quebrada.

Y después se acordó de una plaza, de un árbol que tenía flores lilas, y del hombre que estaba sentado a su sombra.

Entonces se volvió sobre sus pasos, bajó la cuesta, y atravesó el mundo. El mundo entero.

Llegó a su pueblo, cruzó la plaza, caminó hasta el árbol y le preguntó al hombre que estaba sentado a su sombra:

¿Qué hacés aquí, sentado bajo este árbol?

Y el hombre dijo con la voz quebrada:

Te espero.

Después él levantó la cabeza y ella vio que tenía los ojos de agua,

la acarició y ella supo que tenía las manos de seda,

la llevó a volar y ella supo que tenía también los pies de alas.

2-

Ella salió de su casa. Cruzó la calle, atravesó la plaza y pasó junto al árbol florecido de lilas.

Miró rápidamente al hombre. Al árbol. Pero no se detuvo. Había salido a buscar, y tenía prisa.

El la vio pasar, alejarse, volverse pequeña, desaparecer.

Y se quedó mirando el suelo nevado de lilas.

Ella fue por el mundo a buscar. Por el mundo entero.

En el Este había un hombre con las manos de seda.

Ella preguntó: ¿Sos el que busco?

Lo siento, pero no, dijo el hombre con las manos de seda.

Y se marchó.

En el Norte había un hombre con los ojos de agua.

Ella preguntó: ¿Sos el que busco?

No lo creo, me voy, dijo el hombre con los ojos de agua.

Y se marchó.

En el Oeste había un hombre con los pies de alas.

Ella preguntó:

¿Sos el que busco?

Te esperaba hace tiempo, ahora no,

dijo el hombre con los pies de alas.

Y se marchó.

En el Sur había un hombre con la voz quebrada.

Ella preguntó:

¿Sos el que busco?

No, no soy yo, dijo el hombre con la voz quebrada.

Y se marchó.

Ella siguió por el mundo buscando, por el mundo entero.

Mi Pierre (versión original)

Cuando Pierre vuelve a casa, después de cumplida la tarea, me agacho a sus pies y le quito las galochas embarradas. Le alcanzo agua para que se lave las manos pringosas. Y si la camisa tiene manchas (casi siempre), le doy una limpia.

Él se acerca a la cuna de nuestro hijo y, en silencio, lo contempla. Suspira: el querubín heredará no sólo su nombre, sino también su oficio.

Comemos un poco de pan, guiso, sopa. El día del Señor tomamos algo de vino. Mi Pierre nunca se emborracha.

Enseguida nos acostamos. Él esconde la cabeza en el hueco de mi cuello, como pájaro que quisiera dormir.

Lo arrullo con una canción, pero siento que sus lágrimas resbalan por mis pechos. Trato de consolarlo.

¡Es tan difícil ser la mujer del verdugo!

Versión oral de Mi Pierre (Claudio Ledesma)

Cuando Pierre llega a casa, después de cumplida su tarea, ella se agacha a sus pies y le ayuda a sacarse las botas embarradas. Después le trae una palangana con agua para que se lave las manos. Y si la camisa está sucia, siempre tiene manchas. Ella la da otra limpia.

Pierre, se acerca a la cuna de su hijo, lo mira en silencio y suspira, porque sabe que el pequeño no va a heredar tan sólo su apellido, sino también su trabajo, su oficio.

Cenan guiso con pan, toman vino. Su Pierre nunca se emborracha. Y van a la cama.

Ella lo abraza, y él esconde su cabeza en el hueco del cuello de ella como un pájaro que quiere dormir.

Ella lo arrulla con una dulce canción de cuna. Pero siente las lágrimas de él que caen sobre sus pechos. ¡Tráta de consolarlo!

Piensa y le dice y se dice: ¡es tan difícil, tan amargo, ser la mujer... ser la mujer, de un verdugo!

Pentálogo del narrador oral

1º) ¿Juráis o prometéis contar con ganas, con ansias, con pasión, con ovarios o cojones según sea el caso, o con ambos si fuera necesario?

2º) ¿Juráis o prometéis anteponer el cuento y el acto de narrar a cualquier otra consideración mezquina, ya sea de carácter personal o literaria?

3º) ¿Juráis o prometéis no aburrir al público con cuentos excesivamente largos, llenos de detalles innecesarios y hacer de la síntesis vuestra regla de oro de la narración?

4º) ¿Juráis o prometéis no abandonar jamás a su suerte a ningún cuento dificultoso, enfermo o moribundo y jugarse la voz y la lengua por recuperarlo y revivirlo para que se siga contando?

5º) ¿Juráis o prometéis ser pacientes, solidarios, fraternales y comprensivos con el narrador que intenta salvar un cuento, aún a costa de vuestro tiempo, vuestra atención y vuestra capacidad para escuchar cuentos defectuosos o convalecientes?

Bienvenidos entonces a esta orden de los caminantes de la narración oral, que la vida y el camino les sean leves, los cuentos os acompañen hasta el final y felices cuentos. Que así sea.